

Un programa cuaresmal

*Homilía del Miércoles de Ceniza. Capilla San Ramón (Tandil)
25 de febrero de 2009.*

La institución eclesial de la Cuaresma tiene, desde sus orígenes, un marcado carácter pedagógico. A través de la observancia cuaresmal, la Iglesia educa a sus hijos en el sentido de la vida, les propone una meditación sobre las realidades últimas: el origen y el fin, la caída y la redención; los invita a prepararse para elegir nuevamente lo que son, lo que han venido a ser por la gracia del bautismo. El llamado a la conversión implica la exigencia de asumir con gravedad el sentido auténtico de la existencia cristiana.

La intención de la Iglesia queda expresada con claridad en la liturgia de hoy, en la que se proclama el inicio de un *tiempo favorable*, de un *día de la salvación* (cf. 2 Cor. 6, 2). El ofrecimiento de la reconciliación, que Dios hace a los hombres desde la Resurrección de Jesús hasta su gloriosa Venida al fin de los siglos, se concentra y actualiza en este período de los cuarenta días sagrados como una instancia de juicio y de perdón.

Conviene, ya que se nos exhorta a *no recibir en vano la gracia de Dios* (2 Cor. 6, 1), reconocer con sinceridad qué valor puede tener para nosotros un llamado a la conversión; para nosotros, que por hipótesis ya estamos convertidos. ¿Se nos puede exigir acaso un cambio radical en nuestra manera de vivir? Actualmente se discute sobre el sentido de la conversión del apóstol San Pablo. Señalan algunos autores que no corresponde entenderla como el paso de una religión a otra, aunque sin duda en el camino de Damasco se verificó un cambio fundamental en su vida. Una interpretación posible es ésta: al encontrarse con el Resucitado, Saulo alcanzó la meta, el sitio espiritual que debía alcanzar el judaísmo; cumplió plenamente su condición judía al hacerse discípulo de Cristo, al hacerse cristiano. Análogamente, se puede decir que la oportunidad de conversión que se nos ofrece en cada Cuaresma consiste, precisamente, en un plazo de gracia y en una exhortación urgente para hacernos, en serio, en plenitud, cristianos.

¡No es tan fácil de entender! Porque no se trata simplemente de la superación del pecado. Habría que decir, más bien, que se nos propone la superación de la mediocridad. ¿Qué quiere Dios de nosotros? ¿Nos quiere, sin más, gente buena, honrada, o nos quiere santos? Recuerdo, a propósito, una frase terrible de León Bloy: *la conversión de la gente decente es incomparablemente más milagrosa que la conversión de los asesinos*. Por eso hoy la Iglesia nos conmueve con el clamor del profeta Joel: *Vuelvan a mí de todo corazón, con ayunos, llantos y lamentos... Entre el vestíbulo y el altar lloren los sacerdotes, ministros del Señor, y digan: "¡Perdona, Señor a tu pueblo"!!* (Jl. 2, 12-17).

El profeta apela a la bondad de Dios, a su compasión, su paciencia, su fidelidad, pero tiene una grandeza dramática su descripción del Día del Señor y un vigor particular la repetida invocación del llanto y los lamentos. Cito otra vez a León

Bloy, ese escritor apocalíptico, que concluyó *La mujer pobre* con esta rotunda afirmación: *No hay más que una tristeza: la de no ser santos*. Luego, en una carta al pintor Georges Rouault, recogida en uno de los tomos de su diario, continúa con esta confesión: *Hace ya más de treinta años que deseo la dicha única, la santidad. El resultado me abochorna y me intimida. "Me resta el haber llorado", ha dicho Musset. Yo no poseo otro bien. Pero tanto he llorado que, en este sentido, soy rico. Esto es lo que uno lleva cuando muere: las lágrimas que ha derramado y las lágrimas que ha hecho derramar, vale decir, un caudal de beatitud o de espanto*. El llamado cuaresmal de la conversión es una exhortación a arrepentirnos de nuestra falta de santidad y a intentar una refundación de nuestro ser, de nuestra manera de pensar, de nuestro mundo afectivo, para enraizarnos más y más definitivamente en Cristo.

¿Cómo se puede articular una respuesta? ¿Qué camino seguir para volvernos a lo que somos, a la genuina condición de cristianos, a lo esencial, a lo absoluto? La Iglesia nos sugiere hoy un programa evangélico tomado del Sermón de la Montaña; las obras tradicionales de la oración, el ayuno y la misericordia, que pueden ser practicadas con la superficialidad de un cumplimiento rutinario – finalmente infructuoso, aunque no incurra en la doblez de la hipocresía – pero pueden también conducir a las raíces, a la fuente del ser cristiano, a la fe, a la esperanza y la caridad. Podemos concebir la conversión cuaresmal como un descenso a esa profundidad, a la intimidad en que habitamos con nosotros mismos, en lo secreto del corazón. Una purificación de la fe, la esperanza y la caridad en el ejercicio de la oración, el ayuno y la misericordia.

La fe, misterioso contacto con la Verdad Primera, nos deja colgados de la Palabra de Dios, es decir, de su Verbo; nos somete dichosamente a la autoridad de Cristo y de su Iglesia. Recibimos la fe en la Iglesia, a través de la tradición eclesial; al creer participamos de la comunidad de los creyentes. Nuestro *creo* personal se inscribe en el *creemos* de la Iglesia del Dios viviente, columna y fundamento de la verdad (1 Tim. 3, 15). Causa admiración comprobar cómo el modernismo teológico de comienzos del siglo XX se ha transmitido difusa y capilarmente a la mentalidad contemporánea: la fe se reduce a la experiencia subjetiva, se la confunde con el sentimiento religioso, con la vibración de la sensibilidad. No importa tanto la convicción, la comunión con la Verdad, cuanto la búsqueda de un bienestar espiritual compatible con lo que impone como norma del pensar la cultura vigente y con las costumbres consagradas por la moda. Desde esa posición suele juzgarse la doctrina eclesial y a menudo se justifican opiniones alternativas a lo que la Iglesia enseña. El subjetivismo religioso se ha convertido en una generalizada manía: el gusto personal contra la objetividad del misterio, el acomodo con el mundo contra la dolorosa experiencia del Absoluto que nos torna extraños, exiliados, peregrinos. Se elude así el salto sobrenatural de la fe que crucifica la inteligencia, estruja el corazón y hunde en la noche para transportarnos pasionalmente al orden de la luz, a la comunión de la Verdad divina que nos descubre un mundo nuevo, *como si estuviéramos viendo al Invisible* (Hebr. 11, 27). Desde esta posición propia de la fe se edifica y reedifica incesantemente la personalidad del cristiano. El itinerario de la fe es algo así como un éxodo cuaresmal, una travesía del desierto que conduce al verdadero Paraíso, a la tierra prometida de la unión con Dios.

Fe y oración son realidades correlativas: en la disciplina de la oración se purifica la fe, para que la oración sea, cada vez más limpia y esencialmente, ejercicio de la fe. De la objetividad de los misterios que se nos brindan en el dogma eclesial y en los signos admirables, bellos y eficaces de la liturgia, brotan los sentidos espirituales, los sentimientos espirituales que nos hacen saborear qué bueno es el Señor, nos conducen a contemplar su belleza y a participar de su fuerza.

La purificación de la esperanza requiere la aceptación de la pobreza interior, del desprendimiento de uno mismo, el ejercicio de un ayuno que baje a las raíces espirituales del ser: privación no tanto de los alimentos, sino más bien de la orgullosa autoafirmación de nuestro yo. Así, el vigor teológico de la esperanza nos tenderá con voluntad plena hacia lo eterno. Porque en esto reside el problema principal: rigurosamente hablando y en sentido teológico, no se puede esperar de Dios nada menos que Dios mismo. Entonces, el ejercicio más propio de la esperanza cristiana es el deseo del cielo; porque Dios es nuestro cielo.

También en el campo de la esperanza ocurre un deslizamiento, característico de la cultura contemporánea y que inficiona la mentalidad de muchos fieles y de algunos sectores de la Iglesia. Se tiende a considerar al cristianismo, tanto en el orden teórico cuanto en el práctico, como un proyecto destinado a mejorar la suerte del hombre en este mundo. La filosofía del progreso, elaborada como ideología propia de la modernidad, ha intentado vaciar el Reino de Dios en el reino del hombre, que se pensaba construir en el futuro de la historia como fruto de la industria humana; se haría factible si el hombre retrae su mirada del horizonte de la eternidad. El cristiano es así tentado a soslayar la gran Esperanza, que puede asumir, purificar y transfigurar las legítimas esperanzas humanas y nuestro incoercible deseo de felicidad, precisamente porque nos ordena a la vida eterna. Más aún, ofrece una posesión anticipada de ella y constituye el último apoyo vital, el suelo firme del ánimo ante el fracaso posible-y tan frecuente- de las metas terrenas. Porque nos conecta con la vida eterna, la esperanza cristiana nos adelanta su gozo en el espíritu de las bienaventuranzas; un anticipo de la felicidad total-la beatitud- que contradice las pautas mundanas de felicidad... En virtud de la gran esperanza, la pobreza, la aflicción de los penitentes, el sufrido callar de la humildad, la pureza de corazón, la mansedumbre de los pacíficos que tienen hambre y sed de la justicia del Reino-de la santidad-son a la vez mérito y premio en los que se pregusta la dicha de la eternidad. Por la esperanza, el martirio a causa del nombre de Jesús es la octava bienaventuranza, es decir, la forma superlativa de la felicidad. Cabe aquí una tercera cita de León Bloy: *Tenía invitados en mi casa. Se hablaba, muy mediocrementemente, de la felicidad.-La felicidad, he exclamado, es el martirio, la dicha suprema de este mundo, el único bien envidiable y apetecible. ¡Ser descuartizado, ser quemado vivo, tragar plomo derretido, por amor a Jesucristo!*

La conversión cuaresmal reclama, sobre todo, la conversión del amor, la conversión al Amor. La gracia de la caridad va transformando el corazón; le impone dulcemente un orden nuevo a todos sus afectos: a la voluntad, que se asimila al

beneplácito divino, y por reflejo también a los sentimientos, hasta que lleguen a ser especies sensibles del amor verdadero. El crecimiento de la caridad - su arraigo más profundo en el alma y su expansión universal-consiste en ir asumiendo la manera de amor propia del Señor, la manera divino-humana del Corazón de Cristo.

¿Cómo se adiestra el cristiano en este ejercicio? El intento es a dos puntas, como que no se puede amar a Dios si no se ama al prójimo, y no se puede amar al prójimo si no se ama a Dios. Habría que intentar amar *de veras* a Dios, en el sentido que sugiere San Benito: *no anteponer nada al amar a Cristo*. ¡Cuántos lances espirituales, cuántos trabajos, súplicas y lágrimas serán necesarias! ¡Qué precio habrá que pagar para reunir en una intención pura y simple el manojo disperso de intenciones ambiguas, comprometidas con el orgullo y el egoísmo, enturbiadas por el capricho de las pasiones. Sostener la limpia intención de amar a Dios sobre todas las cosas, cumplir como se debe el *Shemá Israel* (Deut.6,4ss) que es el primer mandamiento del Evangelio: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas* (Mc.12,29). Notemos la melodiosa repetición del *todo*.

El amor de caridad se aquilata en el trato con el prójimo, ya que a través de él se ejerce el vicio y la virtud, como enseña Santa Catalina de Siena. Sobre todo por el ejercicio de la misericordia, que inclina al corazón a descubrir discretamente y a sanar con devoción las llagas materiales y espirituales de la miseria que aflige a nuestros hermanos. *Katányxis* llaman los cristianos de oriente a la ternura de la caridad, que implora de Dios, palpitando al ritmo del corazón divino, el torrente de su misericordia sobre todas las creaturas. Las dotes de la caridad, que enumera el Apóstol (cf. 1 Cor. 13,4-7) forjan también la base psicoética que la aquilata y libera sus energías divinas: la paciencia, capaz de soportarlo todo; la generosidad que triunfa de la envidia y la emulación; el armonioso complemento de la sencillez y la nobleza; el apego decidido y el compromiso alegre por la verdad y la justicia-incompatible con el fingimiento, la mezquindad y la murmuración que destruyen la amistad e introducen en la comunidad el germen de la división-; la superación del rencor, que inclina serena y generosamente a perdonar.

Éste puede ser el programa cuaresmal del presente año. Debe cumplirse en lo secreto, allí donde sólo llega la mirada del Padre, y donde puede llegar también su recompensa.

+ Héctor Aguer
Arzobispo de La Plata